



CAPÍTULO QUINCE

I

EL frío, las emociones de aquella noche horrible, y sus remordimientos al llegar á la Casa Blanca, ya con luz, fueron las causas de aquella enfermedad.

Digo sus remordimientos al llegar, porque Agueda Pía los tuvo muy grandes.

Su madre, durante su ausencia, había despertado. Acudió, como tantas noches, desde las confidencias de Mari Pepa, á la puertecita del cuarto de su hija. No la oyó respirar. Golpeó la puerta y nadie contestaba. Llamó, pero fué en vano... Salió á fuera; vió la ventana entornada: quitó las piedras, las maderas, las cuerdas: el cuarto vacío...

Loca, loca, sin pensar que iba á medio vestir, echó por el sendero; llegó al Pico; descendió á «Las Termas»...

Llamó, llamó, llamó...

—¡Agueda! ¡Agueda Pía! ¡Hija! ¡hija!...

Las ráfagas de viento de montaña se llevaban la voz lejos, mar adentro, en dirección contraria al pueblo; ni Agueda Pía, ni el viejo Chopo pudieron oirla...

Y aquello duró tres horas mortales... Cuando el alba clareó, cuando, al revolver de una roca, los pies desnudos y sangrientos, la ropa mojada hasta la cintura y pegada á sus piernas tambaleantes, vió á lo lejos la barca de su casa, donde le parecía descubrir el bulto de su hija, tuvo que apretarse el corazón con ambas manos, temiendo que el brusco salto que acababa de dar iba á partírselo.

—¡Hijaaa!

—¡Mamá...!

Sí... ¡Ella...! ¡Ella...! Había visto bien... Tuvo tentaciones de arrojarle al agua, para reunírsele más pronto... ¡No...! Había un sendero, de rocas erizadas que conducía á una roca saliente... Iría allí... ¡Hija, hija mía, creía haberte perdido para siempre...! ¡Mi vida, mi vida, mi amor, mi pobre, pobre hija...!

Tropezaba; caía, volvía á levantarse,

magullada, mojada, sangrando, en aquella carrera arriesgada, peligrosísima, espantosa, que diez veces puso su vida en peligro.

Agueda Pía—olvidados sus dolores—le gritaba:

—Mamá, por Dios, que llego; que estoy bien; no te apures, no te canses; espera, espera.

Inútil.

El viejo Chopo bogaba desesperadamente. Al cabo de tres minutos de angustia, mamá Dolores, llegaba á la roca saliente; el Chopo arrimaba allí la barca...

—¡Nena, Nena, Nena mía!

Se confundieron hija y madre en un abrazo terco, nervioso, ansioso, inexplicable...

No hubo preguntas; no hubo reproches: tapadas con la misma manta, abrazadas las dos, el viejo las condujo á tierra.

—¡Nena!—iba diciendo Mamá Dolores—¡Nena, Nena mía!

Desde la noche de las confidencias no le había dado este nombre.

¿Qué secreta intuición le avisaba de que su Nena acababa de resucitarle?

II

Todos temieron por la señora; pero fué Agueda Pía la que cayó en cama,

con fiebre, con fiebre y delirio, aquella misma tarde...

Le dolía el costado. El pobre médico rural habló de pulmonía... La Casa Blanca amortiguó sus ruidos; entornó sus ventanas, cerró sus puertas, en una piedosa atmósfera de recogimiento y de fervor en que todos trabajaban y se desvelaban por la enferma.

Hacia la noche, cuando Agueda Pía, encendidas las mejillas con el acceso de la fiebre, pareció adormecerse en un sopor pesado y sordo, Mamá Dolores llamó al viejo Chopo, llamó á Mari-Pepa, y allí mismo, en el corredor, de pie bajo una lámpara, con la puerta de la enferma entornada nada más, para oír si algo ocurría, se hizo explicar los sucesos de la noche.

El viejo Chopo, lealmente, lo habló todo...

Mamá Dolores no pareció sorprenderse de nada... Lo esperaba...

Cuando acabó de hablar el viejo Chopo, llorando casi y haciendo llorar á Mari-Pepa, cosa rara, añadió:

—Y ahora, señora, si obré mal, me maten; esto me pidió la señorita y esto hice, creyendo servirla. Me habría pedido mi vida y del mismo modo se la habría dado... crean, crean...

No pudo acabar, Mamá Dolores le tranquilizó:

—Vamos, vamos, amigo mío, no te apures. ¿Quién te echa nada en cara? Lo pasado ha pasado y es mejor... Ahora á cuidarla...

Se internó en el cuarto.

Apuntemos que Mari-Pepa, desarmada por las lágrimas de su marido, no tuvo un solo reproche para él...

—Bueno, bueno. ¡Cálmate! ¿No oyes que la señora ha dicho que es mejor...?

Respiró el Chopo.

III

A la mañana siguiente, con mucho misterio, Mari-Pepa entró á decirle á la señora que aguardaba Marco Fortis en el comedor.

Salió Mamá Dolores: correcta, fría...

—Sí; la enfermedad era cierta... El médico habló de pulmonía ayer... Afortunadamente fué una alarma.

—¿...?

—La enferma muy abatida... Muy abatida...

—¿...?

—Puede durar — dicen los médicos... — De todos modos, Mamá Dolores no está tranquila. La fiebre aumenta considerablemente...

—¿...?

—No; la enferma no debe ver á nadie:

es mejor... Necesita reposo, tranquilidad, silencio...

—¿...?

—Gracias; muchas gracias... Marco Fortis no debe molestarse... Con mandar á Raminchu...

El Arquitecto se despide... Nota algo hostil; algo que le deja sin palabras en las contestaciones secas, precisas de Mamá Dolores...

Sale á fuera... El yate blanco, en la mitad del puerto, le dá en los ojos como una renovación... Decididamente, la Casa Blanca es triste; triste y encogida...

Dá unos pasos...

—Pero es que no ha visto á Agueda Pía... Agueda Pía no le habría hablado con aquella hostilidad. ¡Oh, no!

Y en el tumulto de su corazón siente levantarse como una necesidad absoluta, imperativa, precisa, la voluntad de hablar, de hablar, siquiera otra vez con Agueda Pía.

IV

... La enferma abre unos ojos grandes, grandes y maravillados en el silencio sin ritmo de su cuarto blanco... Frente á su cama irradia la ventana grande que debe estar abierta... Debe estar abierta todavía... Ella tiene una vaga idea de

haberla dejado así... ¿Por qué no trae otra cuerda el viejo Chopo? No; los troncos no sirven... Ni ese tampoco, aunque sea tan grande, tan grande, que, al arrastrarlo, las ramas secas que salen de su costra todavía, parecen una selva que se mueve...

—
Agueda Pía deja hacer... No sabe porque razón ha de ser el viejo Chopo quien le vista este traje blanco y resplandeciente de las desposadas... Oye, por la puerta entornada de su alcoba, rumor y cuchicheo de voces amigas... Sí; ya acaba... Va á salir, va á salir para la ceremonia... ¿Quién le manda estas flores...? Marco Fortis... Quiere salir: es inútil que el viejo Chopo la retenga; sale, corre... ¡Marco! ¡Marco!... ¿Por qué flores, y no besos?... El corre, corre, corre también... «Las Termas»... Un yate negro, negro y largo como un ataúd gigante, se aleja á toda máquina... Y sobre la cubierta, Marco, la mano en el aire, que le dice adios...

—
Ella ha muerto. Ha muerto y oye distintamente, al lado suyo, dos bocas que hablan: la una junto á su oído izquierdo; la otra más suave, más ardiente, y que le parece más desconocida, pegada al derecho... «¡Mónica!», grita una

de aquellas bocas... El nombre, como una onda de fuego, pasa por el cuerpo muerto de Agueda Pía... «¡Marco!», responde la otra boca... Agueda está á punto de resucitar... «Te amo»... «... te adoro»... «... siempre»... «... vida» «... amor, amor, amor»... Besos...

¡Pobre Agueda Pía!

—
Ella está dentro del alma de Marco Fortis... ¡Qué tremenda obscuridad!... Pero ella con un bisturí raro, que tiene la forma de un cuchillo marineró, se va abriendo las venas: hace, con las gotas de su sangre, randas de globos rojos, de ascuas encendidas que ponen una luminaria en aquella obscuridad... Marco baja al fondo de sí mismo, á ver el encandelamiento general... «¡Agueda mía! ¡El abismo es un altar...! Quiero hincarme de rodillas y quiero colocarte en él...» ¡No, no; pobre Marco, no es posible! Yo no tengo sangre ya: ¡me muerdo...! Otra, otra, otra... Y esta que viene á colocarse en el altar, es Una de la boca de púrpura, de los ojos negros como la tentación y como el crimen, del cuerpo grande y lleno de delicias como la vellutada alubra de los cisnes...

—
Los velos blancos otra vez... La desposada entra en la Iglesia... Todos es-

cuchan, todos hacen coro, hay muchas luces, el Sacerdote oficia... Agueda Pía tiembla en un deliquio de felicidad... Pero el Sacerdote, repentinamente, aparece rodeado de nubes, con túnica color de púrpura, el triángulo de la Divinidad sobre su cráneo... Mira enfurecido... ¿Agueda Pía, qué pretendes, ciega?... ¿Qué amor horrendo es éste?... Marco Fortis es tu hijo, ¡tu hijo!... Las gentes repiten: «su hijo, su hijo, su hijo»... Y Agueda Pía sonríe... Es verdad... Al proceloso tumulto de su amor, sucede, en su alma, un orgullo maternal... El alma de Marco Fortis, como una criatura recién nacida, está en sus brazos, bebiendo leche virgen de sus pechos virginales...

Paz; una inmensa paz...

V

La fiebre y los recuerdos riñen aquellas batallas, dentro del pobre espíritu de la enferma durante largos días, fuera de los límites del tiempo...

Una mañana, Agueda Pía, como si despertara de un sueño pesadísimo, ve á su madre, sentada en una silla, junto á la cabecera de su cama... Tiene una sensación de frío... Debe ser el invierno... Su madre la observa ansiosamente...

Ella encuentra á faltar algo. — No sabe; no sabe bien; pero ha perdido algo, en aquella travesía de millones de años por los países del sueño...

—¿Ha aparecido, Mamá?

—¿Qué, hija mía?

—No sé; no sé que he perdido.

—Vamos, vamos, Nena, duerme, reposa, reposa un poco todavía.

Agueda Pía cree recordar.

—¿Y Marco?...

Su madre se ha puesto en pie; la arropa; por toda contestación se lleva un dedo á los labios cerrados imponiéndole silencio.

—Duerme, descansa, descansa: el médico lo manda!

Es un sopor delicioso. La luz entra velada por las cortinillas de la ventanita blanca. Agueda Pía entorna un poco los ojos para que su madre la crea dormida... Pero no dormirá: no quiere dormir más...

Se imagina que la vida se ha suavizado deliciosamente entorno de ella... Está enferma: todos tendrán piedad de ella en esta inefable debilidad del hilito de vida que arde en sus entrañas. Todos pasarán por su lado reteniendo hasta el aliento para no apagar aquel pábilo inseguro... En su infinita pequeñez, en su debilidad absoluta, Agueda Pía se considera el centro de la aten-

ción universal... El sol para ella, el mundo para ella, las rosas para ella, la música lejana de las aguas para ella, su madre, la casa... ¡todo para ella!

Mueve una mano... Esta camisa de batista fina, fina, con los volantes livianos en el pecho y en las mangas... ¿Cuándo se la han puesto?...

Procura recordar... Su madre insiste:

—Quieta, Nena mía, quieta... ¿estás mejor?

Agueda sonríe.

—¿Qué te duele?

—Nada; mamá; nada.

No puede dolerle: Agueda Pía no siente su carne. Le parece estar hecha de aire ó de luz, de una materia suave, impalpable, sin vértebras, sin ganglios, por donde pasa la vida como un viento suave, insistente, ligeramente tibio.

—Mamá ¿volvió á encontrar su cuchillo el viejo Chopo?

—No; calla, calla, Nena.

—¡Pobre! ¿Le compraréis otro, verdad...? El no quería hacer ningún daño, ¿sabes...?

Se incorpora, un poco agitada.

—... ¿sabes, mamá...? ¡Fuí yo; fuí yo sola! Lo recuerdo bien: ahora empiezo á recordarlo... ¡Qué noche, mamá, qué noche!

—Vamos, vamos, quieta...

—No, qué noche, qué noche; acerca

escucha... ¡Ah...! Me duele, sí, me duele, aquí, mamá; me duele mucho aquí...

Llora: se lleva la mano al costado...

La crisis se ha realizado: ha vuelto el dolor, la vida.

Agueda Pía está salvada.



CAPÍTULO DIECISEIS

I

COMO estaba convenido, Marco Fortis envió todos los días, mañana y tarde, á Raminchu, á preguntar noticias de la enferma, á la Casa Blanca.

Mónica Poldo sonreía, un poco irónicamente, de esta póstuma atención del Constructor; pero la comprendía.

Marco Fortis, aunque sin llegar á formularsele plenamente, celebró al principio aquella enfermedad de Agueda Pía, que venía á dejarle en libertad de acción, cuando más dudas se agolpaban en su espíritu. Mónica Poldo era enteramente suya.

Trazaban planes... El divorcio... La vida en común... ¿Cómo había tardado

tanto Marco Fortis en darse cuenta del amor de Mónica Poldo...? El Arquitecto no sabía contestar á esta pregunta; pero, en el fondo, sentía plenamente que la respuesta era una sola.

Recordaba el soliloquio suyo aquel del Patio de los Naranjos, en la paz de Córdoba.

Agueda Pía, con el dulce influjo de su piedad sensual y humana, le había abierto el corazón: le había enseñado á amar; le había revelado esto inefable, inexplicable, pero definitivo, real, que es el amor... Agueda Pía había llevado á cabo esta enseñanza á costa de ella misma. Como las abejas dejó en el corazón de Marco Fortis la miel que ella no había de gustar; como las aves, hizo el nido en que no había de abrigarse...

Ni Mónica Poldo, ni Marco Fortis habrían dado con el camino que debía juntarles... Este camino blanco, perfumado, ideal, lleno de sol, de ruido de aguas, de risas serenísimas, había sido el alma de Agueda Pía...

En ella se reunieron, bebiendo de ella por igual, cordialidad y humanidad, los dos amantes trágicos...

El alma anónima había estado conservando, á través de los siglos, á través de las civilizaciones, la lavadura humana, que Eva madre sintió dentro

de sí, la tarde paradisiacal del crimen sacratísimo.

Y Marco Fortis sentía impulsos de seguir adorando, como si fuera una diosa, á la pobre criatura, castamente sensual, que le hizo amante...

Diosa... ¿porque no...? Se descogía de sus meditaciones un ambiente bíblico: pensaba en el versículo estupendo. «Y Adán fué dando nombres á las cosas: y las cosas fueron suyas»... ¡Nombre! ¡Nombre...! ¿No estaba en esta palabra toda el ansia de expresión de su alma, exquisitamente civilizada y potente...? Nombre, cosa concreta, limitada, poseída... Nombre, personalidad, riqueza del alma de Mónica, riqueza de su propio espíritu... Pero los nombres solos se rehuyen, se esquivan; se rechazan... No tienen fusión posible...

Y Marco volvía á pensar en lo anónimo... Lo anónimo es de Dios... Sí; divina Agueda Pía... Ahora, los mitos paganos de su raza brotaban en un florecimiento auroral... Náyades, ninfas, faunos, sátiras... Dionisos... Y reconocía, en el gesto animador de Agueda Pía... — animador, no dominador — el mismo influjo que en aquellas míticas divinidades... Agueda Pía, ninfa, diva, beata Agueda Pía...

Sobre su mesa de trabajo, mientras Mónica Poldo, al lado suyo, estaba en

pie, alta, un poco más caída y humanizada de actitud que en su palacio de Venecia; mientras, de cuando en cuando, le pasaba la mano por la recia espesura de sus cabellos y, apoyando la palma en su frente, le levantaba bruscamente la cabeza para besarle en los labios, Marco Fortis pensaba:

—Ha pasado lo que tenía que pasar. Los dioses divinizan á los hombres, pero no deben unirse con ellos... Un hombre divinizado es más que un semi-dios...

Cogió ambas manos de Mónica Poldo; las llenó de besos, la miró en los ojos lealmente, plenamente.

—Cuando Agueda Pía deje el lecho —dijo— cuando la enfermedad haya pasado y pueda hablar, iremos á verla, amiga mía; iremos los dos, ¿sabes...? A darle gracias por nuestra felicidad...

Mónica Poldo le abrazó.

Interiormente se dijo:

—¡Siempre será un niño!

II

Vino, después del dolor, entre las brumas de la convalecencia, la resignación... ¡Oh, la palabra expresa poco, y expresa demasiado! ¡Resignada! Agueda Pía estaba resignada de antemano... Su gesto, enormemente lleno de virtud

era el de una absoluta conformidad con el destino... Es así como la levadura humana no desaparece de la tierra... Consolada no lo estaría nunca: el dolor era su atmósfera: la levadura es agria...

Pero aquel dolor suyo se le hizo familiar: lo aceptó, como la figura de su cuerpo, como el color de sus cabellos, como el sol, como el agua, como las cosas de la tierra...

No hablaba de Marco Fortis á su madre... No bajó en todas aquellas semanas á «Las Termas», donde sabía que él seguía trabajando... A lo más detenía á Raminchu alguna tarde cuando llegaba á preguntar por ella...

—¿Qué hace el señor?

—Trabaja... trabaja siempre ahí bajo...

—¿Y la señora italiana...?

—No le deja nunca...

—¿Qué?

—No le deja nunca, ñita Agueda Pía.

La mujercita se lo repetía muchas veces á sí misma, para fortalecerse en esta idea. «No le deja nunca, no le deja nunca, no le deja nunca». Hasta poder decirlo sin lágrimas en los ojos...

III

Bruscamente, una tarde... ella esperó la puesta del sol en el sendero: había

mar de fondo y el destartalado puerto ofrecía tan poca seguridad á los barcos anclados en él, que la tripulación del yate comenzó á hacer maniobras para amarrarlo y asegurarlo más...

Agueda Pía se distrajo, siguiendo desde lejos aquellas manipulaciones que rompían un poco la monotonía ordinaria del paisaje...

No vió venir á Marco Fortis, que, acabando de trabajar en «Las Termas», y reconociendo que era arriesgado con un bote mezquino atravesar el puerto, volvía, andando, al pueblo.

Bruscamente ella y él estuvieron frente á frente.

IV

Habló primero Marco Fortis...

—Señorita Agueda Pía...

—Buenas tardes, Marco... Me he sobresaltado un poco... No pensaba ahora *en usted*...

—¡Ya está... V. mejor?

—Sí; ya estoy bien; del todo bien, no ha sido nada... Gracias.

—¿Ha sufrido usted mucho, Agueda Pía?

—Un poco; pero ya pasó... ¿Sigue usted acordándose de «Las Termas?»

—Ya están terminadas... ¿no ha vuelto V. á verlas?

—Todavía no... Ya iré, algún día...

—Agueda...

El acento de Marco Fortis es infinitamente suplicante: la mujercita responde con afectada indiferencia.

—¿Qué?

—No; por piedad, Agueda Pía, no; no debe V. tratarme así. Es demasiado buena, es demasiado grande, es demasiado generosa, V., Agueda Pía, para tratarme de este modo... ¿Me guarda V. rencor?

—¿Por qué...?

No había remedio... ¿Qué esperaba Marco Fortis...? ¿Poder seguir con Agueda Pía, dulcemente, sobre-humanamente, el íntimo monólogo que él lleva dentro de su alma transfigurada, desde que recibió su influjo santo...? No; desgraciadamente no. Agueda Pía no es capaz de comprenderle. Los dioses no hablan: influyen.

Es un dolor.

El Constructor comprende que aquel diálogo supra-terreno, supra-normal, lleno de supremas devociones, de religiosidad exquisita, de agradecimiento, íntimo, íntimo, indecible, no podrá tener lugar jamás...

El alma anónima de Agueda Pía, había cumplido su obra... Pero Agueda Pía no podría saber jamás hasta qué punto el Constructor, no amándola, la

adoraba; no besándola, era suyo; no teniéndola en sus brazos, la llevaba como una hostia dentro de su alma...

Es un dolor... El amor ignorará eternamente sus beneficios: tal vez es más ciego por eso, que por las desdichas que causa.

V

—No intento sincerarme, Agueda Pía.

—No es necesario, Marco: no le culpo á usted.

—Pero de todos modos, crea V. que, si no merezco su piedad, tampoco soy de los hombres con quienes se liquida, despreciándolos...

Estaba conmovido...

Agueda Pía no podía más...

—¡Oh, no Marco, ya lo sé!

Le tendió las manos: las estrechó fervorosamente Marco Fortis: luego atrajo á sus brazos el cuerpo candoroso de la virgen: no opuso ella resistencia: cayó la cabeza divina sobre el hombro del Constructor.

—¡Marco, Marco, véte, véte!

Le parecía que su vida iba á extinguirse: al mismo tiempo en sus labios, como una llama suave, titilaba un hálito... Marco Fortis, religiosamente, con todo su espíritu, con toda la devoción que había puesto en el diálogo

aquel imposible, con toda presciencia de futuros estados de amor, hasta ahora no vividos, besó á la amorosa...

No hubo palabras después...

Marco Fortis, pálido, pálido y lloroso estrechó largamente las manos de Agueda Pía... Siguió andando...

Esta, al quedar sola, se llevó las manos á los labios: quiso guardar aquel *calor*. Estaba aturdida.

Pero en la herida de su corazón acababa de caer como la gota de un bálsamo quintesenciado, raro, desconocido y efficacísimo, el beso de Marco Fortis.

Ella no se daba exacta cuenta.

Pero le parecía... le parecía... que con aquel beso—y fuera la vida lo que fue—quedaba en ella, por los siglos de los siglos, por encima de los tiempos, para siempre, el alma singular de Marco Fortis...